

Si, le diré... pero ¡ay de mí! ¿me atreveré yo á hacerlo?... ¿No me ha declarado poco há que no podía, que no debía conocer jamás este secreto fatal?... Pedir una aclaracion despues de una declaracion tan explicita es casi desobedecer. Esta explicacion es á mi madre á quien la pediria, y si mi madre no puede, no quiere ni debe responder... ¡Señor!... ¡Señor, escuchadme, aconsejadme, inspiradme!...

Mis ojos acababan de fijarse sobre el billete de la otra noche. Allí estaba abierto, con su letra clara y viril: «Vuestros amigos velan, ayudadles.»

¿Sería esa vuestra respuesta? ¡oh Dios mio!

X

LA SEÑORA VIUDA LAMOUROUX, BENTISTA.

Si la alta sociedad y la sociedad dudosa tienen sus ruidosas celebridades, la clase media posee tambien alguna vez las suyas, mas modestas de seguro, pero generalmente mas dignas de esa celebridad.

Entre las primeras, los Matifay y las Nini Moustache no son raras; hay algunos pequeños Mantos-Azules (filántropos) entre las segundas.

Los barrios pobres conocen bien á la señora Lamouroux. Las escaleras fangosas y sombrías habian rozado con frecuencia su dulleta de hoja muerta y su capelina negra. En mas de una boardilla sin fuego, sin pan, trasformada en hospital por la miseria y la calentura, la triste habitante de la morada, encontrando una bolsa olvidada sobre la mesa se habia dicho no con asombro, pero si con agradecimiento: «La buena señora ha pasado por aquí.»

Mas de un pequeño comerciante, en vispera de quiebra, habia recibido en la mañana de su vencimiento, en una carta sin firma, el billete de quinientos francos que le salvaba, con esta sencilla nota: «Devolvedlo á los pobres.» Mas de una muchachuela sin trabajo, próxima á caer en el abismo, habia visto en su cuarto á madama Rozel, para hacerle un pedido de costura ó de bordado pagado adelantado. Ahora bien, quien decia madama Rozel, decia á la par, madama viuda Lamouroux, cuyo brazo derecho era aquella; el vestido de seda unido de la honrada comerciante, conservaba como un recuerdo de la dulleta de hoja muerta.

¿De dónde venia la señora Lamouroux? ¿Quién era? Las gentes pobres no son curiosas, aceptan el beneficio sin inquirir su origen. ¿De dónde venia? De casa de los ángeles. ¿Adónde iba? Al Paraiso. ¿Quién era? la Providencia.

Aquellos de sus protegidos que la habian visto, y eran raros, porque madama Lamouroux tenia la mania de huir de sus favorecidos, como los malos huyen de sus victimas, hacian de ella un retrato celestial. Era, aseguraban ellos, una mujer anciana mas bella cien veces que una jóven, con

grandes ojos azules, una cara bondadosa encuadrada por cabellos canos, finos como la seda; su voz era débil y velada, es verdad; pero tan armoniosa, que se hubiera creido oír la música de los serafines, — y algunos entonces añadian: ¡Es su alma que canta!

La señora Lamouroux vivia muy retirada. No salia, por decirlo así, de su habitacion situada encima de la tienda de madama Rozel. Y cuando salia, nadie podia saberlo, pues habia hecho practicar una escalera secreta que comunicaba con su cuarto á la tienda. Era tan venerada de los que la rodeaban, que nadie hubiera pensado en espiar sus pasos, hubieran creido cometer un sacrilegio. Cuando sin quererlo se divisaba el reflejo de hoja muerta de su dulleta deslizarse por el corredor rozando las paredes, decíase sonriendo:

— Ahí va madama Lamouroux á hacer alguna de las suyas.

Y volvian la cabeza al otro lado para no estorbarla, seguros de que una hora despues habria una miseria menos en la gran ciudad y un dolor mas consolado.

La señora viuda Lamouroux no recibia en su completa intimidad sino á madama Rozel y á José Rozel, su hermano. Algunas veces tambien, pero á mas raros intervalos, á M. Clemente, el célebre joyero del bulevar de las Capuchinas.

Se asegura que estas tres personas eran los principales miembros de su benéfica policia.

Si la señora viuda Lamouroux tenia ya una leyenda en el exterior, se concibe que el misterio de que se rodeaba habia debido tomar proporciones inauditas en la trastienda de madama Rozel. Habia media docena de cabezas rubias, morenas, cabellos castaños rizados y labios rosados, todas mas ó menos protegidas ó salvadas por esta Providencia que no realizaba sus obras sino por intermedio de la buena costurera. Así, cuando ella no estaba presente se charlaba, y era curioso el escuchar. — Yo la he visto ayer mañana, decia la una. — Yo, decia la otra, al bajar la escalera he oido hablar en su cuarto. Era su voz, estoy bien segura. Y cada una traia su noticia, su parte de revelacion para reconstruir el ser ideal que se llamaba madama Lamouroux.

Pero desde que madama Rozel yendo y viniendo sin cesar del taller á la tienda, entraba, todas las conversaciones cesaban en seguida y todas las cabezas negras ó rubias se inclinaban sobre los bordados ó las telas.

En aquel momento el obrador se parecia á un matorral sobre el que hubiese venido á posarse una banda de silvias malvices. Sola nuestra amiga Ursula permanecia melancólica y meditabunda. Resonaba todavia en sus oidos este nombre lanzado de improviso por José Rozel: Cipriana. La habia pues visto; ¡la conocia pues! ¿dónde estaba? ¿qué hacia? No habia tenido tiempo de dirigirla ninguna de estas preguntas que se agolpaban á sus labios, y él, el burlon, habia huido sin duda para no responder.

Pero Ursula sabia muy bien que esto era una chanza y que otra vez responderia.

Solo que ella hubiera querido saberlo en seguida, y hé aqui por qué estaba meditabunda.

Por eso, y tambien por otra cosa; pues si Cipriana era el

principal motivo de su preocupacion, no era sin embargo el solo.

La pobre niña habia encontrado en su casa una grande, una lamentable miseria. Aliviarla por sí misma le era imposible: porque tambien ella era muy pobre, no poseia mas que su trabajo, y las noches son tan cortas, la ganancia tan minima... pero habia pensado en madama Lamouroux, le habia señalado sus protegidos por medio de José y esperaba la respuesta de la madre de los desgraciados.

Un alegre murmullo se oyo en la sala.

— ¡M. José! ¡M. José!

Todas las boquitas sonrosadas se plegaron, todos los labios sonreian. José era mas que popular en el taller de su hermana, y no juraria que al aspecto del bello obrero mas de una mejilla se pusiese colorada mas que lo que era regular, y mas de un corazon no palpitate á la sordina debajo de los corpiños y el corsé.

Ursula nada decia, la pobrecita, pero fijó en él sus ojos interrogadores, á los cuales no respondió sino por un signo: — ¡Silencio!

José tenia en la mano una carta finamente encerrada en un sobre con escudo de armas.

— ¿No está aquí mi hermana? preguntó.

Ursula levantando la mano señaló el cielo raso con el dedo.

— Está en casa de madama Lamouroux, respondieron en coro las otras jovencuelas.

— Bueno; pues entonces allá subo yo, dijo José dirigiéndose hácia el corredor en cuya penumbra desapareció, acompañado por media docena de suspiros, suspiros de pena al verle marcharse tan pronto, algunos tambien de envidia quizá porque le era permitido el ver cara á cara y de cerca á la famosa dulleta de color de hoja seca.

A muy corto rato se oyó en la escalera el crugido de un vestido de seda, el de madama Rozel que bajaba trayendo en la mano la misma carta que hacia poco estaba en la de José.

Seria sin duda algun encargo de las aristocráticas parroquianas. Pero en vez de abrirla se la metió en el bolsillo de su delantal de seda.

Todo volvió á quedar en silencio en el obrador, como por milagro, y sin embargo madama Rozel no tenia nada de imponente; y si no fuera por su vestido alto y cerrado y su traje severo habria parecido tan jóven y tan jovial como la mas jóven y la mas alegre de sus jóvenes oficiales.

Se puso á examinar sus obras con un aire de gravedad el mas encantador del mundo, y al llegar el turno de Ursula le dijo:

— Ursula, dejad vuestro bordado: os llaman allá arriba.

¡Dichosa Ursula ante quien se abria la puerta del santuario é iba á ver á madama Lamouroux, á verla y á hablarla! Dicha capaz de hacer morir de envidia á sus compañeras. Pero como madama Rozel estaba presente, ninguna se atrevió ni aun á suspirar, ni menos á decir la menor palabra.

Ursula subió las escaleras azorada y temblando, y se detuvo unos momentos delante de la puerta antes de llamar.

Pensaba que la suerte de sus protegidos dependia de lo que ella iba á decir y de lo que iban á responderla.

En fin tocó ligeramente con su mano en una de las hojas de la puerta, y una dulce voz le respondió del otro lado: ¡Entrad! Y antes que su turbacion hubiese podido encontrar el pestillo de la puerta, esta se abrió de par en par, apareciendo en su umbral el generoso rostro de José que se hizo á un lado para dejarla pasar.

El aposento era vasto y sombrío, simplemente amueblado y adornado con caoba y terciopelo de Utrech. En la chimenea un reloj de alabastro entre dos globos de flores artificiales. Ciertamente todo eso no era imponente, sin embargo se mantuvo en pié é inmóvil como en el umbral de una capilla.

La dulce voz se dejó oír de nuevo.

— Aproximaos, señorita Ursula, aproximaos, hija mia.

Y José la empujó suavemente hácia un gran sillón de donde salia la voz.

En este sillón estaba una mujer, la de la dulleta hoja seca, madama Lamouroux.

Ursula se hubiese puesto de rodillas gustosa y voluntariamente, pero yo no sé cómo José, habiendo traído una silla y madama Lamouroux habiéndola hecho inclinar afectuosamente bajo sus manos blancas, se encontró sentada.

— ¿Sois vos, señorita, dijo madama Lamouroux, que queréis hablarme de los dos inquilinos de vuestra casa?

— Sí, señora, respondió Ursula, á quien esta entrada en materia ponía á sus anchas, son muy desgraciados.

— Se trata, creo, continuó madama Lamouroux, de un hombre que tiene un teatrillo de polichinelas del signor Chinela, como se le llama en el barrio, y de una jóven á quien llaman la Pippione.

— Eso es, señora, pero quien le ha puesto ese apodo es él, porque su verdadero nombre es Blanca, y así es como yo la llamo.

Madama Lamouroux inclinó suavemente la cabeza.

— Eso es para mí un doble motivo para interesarme por vuestra protegida, dijo, pues he amado tiernamente en otro tiempo á una persona de ese mismo nombre. Por otra parte, he tomado mis informes, y están completamente acordes con los vuestros. El padre, dicen, es un hombre mas que brutal, un mal hombre; pero su hija es interesante, y se me ha afirmado que él la ama. Siempre hay recursos con los que aman. ¿Queréis hacerme el favor de encargarnos de todo lo que concierne á esas pobres gentes? Yo parto para un viaje de algunos dias, pero antes de partir enviaré al doctor Ozam; pues parece que la pequeña está muy mala y el médico del barrio no sería suficiente. Tomareis las medicinas necesarias en casa del farmacéutico que os indicará el doctor; para lo demas, entendedos con madama Rozel.

Esto era dicho en voz casi baja, sencillamente, como una cosa muy natural. Ursula se sentía los ojos llenos de lágrimas delante de tanta caridad, ante tanta sencillez.

— ¡Oh! señora, señora, dijo levantándose, ¡cuán felices van á ser! ¡cuanto os lo agradezco!

— ¡Eso está por demas! respondió madama Lamouroux

frunciendo ligeramente el entrecejo. Ya sabéis que no me gusta eso. ¿Quién os dice que en este momento no cumplo con un deber sagrado, y que no he recibido del cielo cien mil veces más que lo que pudiera gastar durante una existencia humana? Luego añadió volviendo á tomar su voz habitual: Si queréis que seamos amigas, no me deis nunca las gracias.

Ursula creía que su audiencia estaba concluida y se preparaba á retirarse; pero madama Lamouroux la retuvo.

— Esperad aun un poco, dijo tomando la mano de Ursula, ¿os aburrís pues tan pronto de estar conmigo?

— ¡Oh! ¡no, señora, no!

— Puesto que os avenís á ser una de mis cómplices (y con qué sonrisa cándida acompañó esta palabra: cómplice), es justo que nos conozcamos mejor.

¿Os llamáis Ursula?

— Ursula Durand, si, señora.

— La carta que me habeis escrito á propósito de vuestros protegidos está muy bien redactada; ¿habeis recibido educacion?

— Sí, señora, he sido educada en el convento de B..., en casa de las hermanas de Santa Marta.

— Y allí, en el convento, ¿no teniais una compañía privilegiada, una amiga?

Ursula dirigió una mirada rápida á José, que estaba con el codo apoyado sobre la chimenea y la miraba sonriéndose.

Madama Lamouroux sorprendió esta doble mirada.

— ¡Vamos! ¡vamos! dijo con buen humor, yo creo que nos entendemos. Veniais á pedirme una mision de caridad, queridita mia, y yo voy á daros dos: arriba como abajo hay dolores que calmar, y los de arriba son á veces los más crueles. Vuestra amiga sufre, id á consolarla y decidla, — sin nombrarnos, por supuesto, que la primera, la única consigna de nuestra afiliacion es: discrecion, — decidla que «sus amigos velan y que ella los ayude.»

Como si hubiese sido prevenida de lo que iba á decirse y que no estuviese esperando sino este instante para intervenir, madama Rozel entró despues de pronunciadas estas últimas palabras.

— ¿No vais hoy al palacio de Puysaie, mi querida Rozel? preguntó madama Lamouroux.

— Sí, señora, á llevar diferentes objetos á la señorita Cipriana.

— ¿Y os es indiferente, supongo, que sea tal ó cual de vuestras obreras quien os acompañe?

— Enteramente indiferente.

— En este caso, os suplicaré que lleveis á la señorita Ursula con vos. Hasta la vista, mi querida Ursula.

Y tomándola en sus brazos, la buena madama Lamouroux le dió un ósculo en la frente.

Ursula descendió la escalera con la vivacidad de un pájaro.

Despues del beso de adios de la buena superiora de B..., jamás habia sentido labios más cordiales y maternales posarse sobre sus mejillas. Claramente la familia Gosse, bajo

la tutela de la cual vivia, le mostraba algun afecto, pero tan vulgar que Ursula hubiera preferido la indiferencia. Por eso, fuera de sus horas de trabajo en el taller de madama Rozel, pasaba todo su tiempo en su cuartito bajo el tejado, y más tarde, cuando la hubo conocido, cerca de la cama de su nueva protegida, la pobre Blanca, la que el señor Chinela llamaba la Pippiona.

Esta pareja de Chinela y de la Pippiona alimentó durante algunos meses la curiosidad del público de las calles, en una época en que las miserias italianas no habian aun comenzado su emigracion periódica de la Península hácia Paris. El público no estaba todavía hastiado con el traje pintoresco de los pifferari, y gustosos los pilluelos de Paris seguian á bandadas sus fajas encarnadas y sus sombreros puntiagudos.

El señor Chinela era napolitano, su industria consistia en trasportar de plaza en plaza, de encrucijada en encrucijada, el palacio de cuti rayado de su compadre Polichinela. De ahí sin duda el nombre que le habia quedado...

A través del lodo y el polvo, de las carcajadas y de los silbidos, la pobre Pippiona seguia á su *padrone*. Los vagos, cuya principal virtud no es la caridad, se burlaban de su capoton azul, de su delantal rojo ribeteado en todo su alrededor de colores vivos, de su toca semejante á las que se ven en los cuadros de Leopoldo Robert, y de sus pobres piececitos endebles flotando lamentablemente en los viejos zapatos del signor Chinela. Ella recibia las burlas sin quejarse, sin siquiera aperebirse de que era el punto de mira, y sus ojos, rodeados de un círculo amoratado que cada día se agrandaba, parecian buscar en el horizonte como una imagen vaga y lejana de la patria.

¿Conoces el país donde florece el naranjo?

Sin embargo, nada en ese rostro macilento y casi diáfano revelaba la italiana. El vivo sol de Nápoles no habia podido poner moreno aquel cutis lacteo bajo el cual no corria la sangre roja y cálida de las comarcas meridionales. Los ojos de la Pippiona eran de un azul pálido, y sus cabellos habian conservado su rubicundez atenuada y mate que no se advierte por lo regular más que en las cabezas de los niños. Es que en todo su ser los rasgos especiales de la infancia habian persistido de una manera extraña. Se hubiera dicho una chícuela de cinco años, alta como una jovencueta de quince. Su corpiño se adaptaba con una delicadeza tierna sobre su pecho impúber, y los pliegues pesados de su saya azul caian, rectos y rígidos, á lo largo de sus caderas, como en las estatuas de santas de las iglesias romanas.

Quitada su cofia blanca, la aureola que coronaba su frente con un círculo de oro pálido, parecia el resplandor medio borrado de una aparicion que huye.

Es que en efecto volaba la pequeña Blanca, ¡la pobre Pippiona! Huía este mundo maldecido del cual no habia conocido nunca sino sus miserias, y cada vez que la tos cruel desgarraba su débil pecho, el ángel, que su cuerpo endeble retenia cautivo, batia sus alas impaciente por marcharse.

No era que el signor Chinela fuera malo. ¡Dips mio, no! aun se mostraba respecto de su pupila tan afectuoso como



La Pippiona.

lo permitia su naturaleza, sino que era borracho, avaro, brutal. En suma, amaba mucho á su pobre Pippiona, — como se ama á un perro á quien se pega y por quien se sacrifica al mismo tiempo el último pedazo de pan. — La comparacion es tanto más exacta cuanto que el signor Chinela, que tenia la más alta idea de su inteligencia, consideraba á Blanca como una especie de animal cariñoso pero limitado. Por eso la habia nombrado *Pippiona*, que quiere decir pichona, pero sin olvidar que en su tierra *Pippionaccio* significa grande animal...

Un día que tosía más lamentablemente que nunca, Ursula la observó y le dió lástima. Fué para ella una criatura digna de ser amada en la soledad de su corazon.

Sus horas más dichosas fueron en lo sucesivo las que pasó cerca del lecho de la enferma, conversando con ella con suave y afectuosa voz, mientras que le componia sus vestidos.

Y hé aquí que ahora Ursula iba á poder traer el bienestar

y la salud á aquel desvan horrible; hé aquí que iba á estrechar á su Cipriana en sus brazos, y que habia encontrado la proteccion afectuosa de la superiora de B... en la persona de madama Lamouroux.

Así es que por eso bajaba con tanta rapidez la escalera que habia subido pocos momentos antes con tanto recelo y aprension.

Madama Rozel, que la habia precedido, la esperaba abajo. Los cartones estaban ya atados. Una de las jóvenes habia ido á buscar un coche. La coqueta patrona se quitó su delantal de seda y se puso delante de un espejo el chal que le trajó otra obrera.

— ¡Ea! ¿estamos prontas? preguntó.

Pero de repente, recordando sin duda que olvidaba alguna cosa, volvió á coger su delantal y sacó de su bolsillo la carta que habia puesto en él poco antes y la deslizó en su seno.

Las dos mujeres subieron al coche. El corazon de Ursula latia muy fuerte. Iba á volver á ver Cipriana.

— Mi querida niña, le dijo madama Rozel, os conduciré directamente al cuarto de la señorita Cipriana; no tendreis mas que probarle los dos vestidos y hacer eleccion con ella de los bordados; yo tengo que hablar con madama Postel. Vos sabreis hacer eso enteramente sola, ¿no es verdad?

— Espero... creo que sí, señora, respondió Ursula que llegaba así al colmo de sus deseos.

Entretanto continuaba la conversacion entre madama Lamouroux y José, pero habia cambiado de tono; ambos á dos estaban pálidos, las cejas fruncidas, los labios temblorosos.

— Conozco el nombre, el nombre verdadero de ese llamado Gigant, decia José. Me le han hecho ver y lo he reconocido en seguida aunque haya cambiado mucho. El verdadero nombre del titulado M. Gigant es: Hércules Champion...

XI

MADRE É HIJA.

(EL CUADERNO AZUL.)

— Te he vuelto á ver, mi dulce Ursula, mi querida hermana. Tú has mojado este cuaderno con tus lágrimas, tú has leído en él todas las angustias de mi pobre corazon, y, tú tambien, al volver la última hoja, tú me has repetido las palabras de M. de la Cruz.

— Tus amigos velan, ayúdalos.

No has podido ó no has querido decirme mas, pero estas cuatro palabras, saliendo de tu boca, han bastado para hacerme recobrar valor y un poco de esperanza en el porvenir, y casi alegre continuó este diario, ahora que estoy segura de que lo leerás.

Sí, tengo confianza en esos amigos desconocidos cuyos nombres no has consentido en decirme, aunque, estoy convencida de que estás en el secreto. Tengo confianza en ellos, porque sé que tú estás con ellos. Habia algo de profético en las palabras de la madre Santa Marta, cuando nos decia:

— Siempre que tengais necesidad de consejos ó consuelos, no los busqueis en otra parte sino la una en la otra. ¡Ursula, te confío á Cipriana!

Sí, mi ángel guardian, mi Ursula, puesto que tienes la dicha de conocer á mis misteriosos defensores, díles que les bendigo y que les amo.

Porque, mira, creo firmemente, en efecto, que de ellos solos debo esperar en lo sucesivo socorro. En la casa de mi padre soy juguete y víctima de intereses que ignoro y estoy viendo que se tiene el mayor cuidado en ocultármelos.

Desde hace algunos dias mi padre no me habla sino con monosílabos. Está continuamente en conciliábulos con el coronel Fritz. Ya han salido juntos dos veces durante el dia,

y he sabido por Postel, que me lo ha dicho, sin saber el golpe que me daba, que era para ir á casa del baron de Matifay. Ella lo ha sabido por el cochero mismo. Mi madre no se mueve de su cuarto. Mi padre ha pasado allí toda la mañana de hoy, y la entrada estaba prohibida severamente, aun para mí. Sobre todo para mí, debería decir, pues era de mi casamiento de lo que hablaban; me he apercebido bien de ello al ver los ojos rojos de mamá, cuando me ha sido permitido ir á abrazarla.

He pasado el resto del dia á su lado, muy tristemente. No nos atrevíamos ni aun á mirarnos. Yo trabajaba con los ojos bajos, ella fingia leer. Por fortuna, nos ha venido una visita, la de la señora de Monte-Cristo. Al verme muy pálida y nada risueña, se ha inquietado por mi salud.

— No sé lo que tiene esta niña, ha dicho mi madre, temo que no le agrada estar con nosotros.

— ¡Es menester distraerla! respondió la señora de Monte-Cristo. Enviádmela pasado mañana; durante ese dia reuno á todas estas señoritas, — se entiende á las que aun son pensionistas. — Las mamás conversarán mientras las jóvenes bailarán entre ellas en el parque; quizás esta partida de pupilas agrada mas á la señorita Cipriana que nuestros bailes de salon y nuestras grandes recepciones.

Mamá respondió que se haria como yo gustase, y despues se habló de otra cosa.

Cuando la señora de Monte-Cristo se hubo marchado, y ya no oíamos su agradable cháchara, la tristeza, ahuyentada un momento por esta amable visitante, volvió en seguida á vuelo rápido; mamá prosiguió su lectura y yo mi bordado, pero yo bordaba todo al revés, y ella no leía con casi mas atención. A cada instante, las miradas que nos dirigiamos se encontraban. Yo ardia en deseos de confesar mi tristeza, pero no me atrevía, y creo que mamá tampoco osaba provocar la expansion.

Ella fué, sin embargo, quien abordó la primera este penoso asunto.

— ¿Os ha hablado vuestro padre, Cipriana?

— Sí, mamá, antes de ayer por la mañana.

— Es menester tener ánimo, hija mia, y obedecer.

— ¡Oh! ¡Mamá!

No pude decir mas. Se habia levantado, y yo me arrojé en sus brazos.

— ¡Qué locura! murmuró á mi oído, ¿por qué lloras? ¡Ah! ¿por qué lloras? mi pobre Cipriana; los casamientos por amor no son los mas bellos. Lo mejor, créeme, es resignarnos con nuestro destino; por otra parte, no conoces á nadie, no amas á nadie, el sacrificio debe serte menos penoso. Yo permanecia inerte, sin respuesta, suspendida de su cuello.

— ¡Oh, gran Dios! exclamó desasiéndose violentamente de mí. ¿Encontrais que estoy bastante castigada?

Miraba con aire extraviado, su desesperacion era espantosa. Mis lágrimas se detuvieron y me puse á temblar.

Despues de un momento de silencio, mi madre prosiguió:

— ¿Qué quieres de mí, hija mia, di? que me pierda, que os pierda á todos, lo haré. ¡Oh, si supieras!...

— ¡Madre, madre! no quiero saber nada, obedeceré.

— Y serás desgraciada toda tu vida, y tú llevarás la pena de otro, no. Eso es imposible, es injusto, es impío. ¡Ella, entregada á ese Matifay! Señor, ¿lo permitiréis? ¡Ella, mi Cipriana, mi solo bien, mi solo consuelo, vendida, envilecida, perdida! No, aunque debiera morir mil veces, aunque debiera...

Se detuvo, y con voz breve añadió:

— Entonces es cosa bien decidida, ¿tú no quieres, no puedes superar tu horror? ¿Y cómo lo podrias? Tú no has sido educada entre nuestras atroces, nuestras vergonzosas convenciones; no es el oro, el lujo, el ruido quienes pagarian la castidad de tu corazon y de tu conciencia. No, Cipriana, tienes razon, no puedo permitir, no permitiré ese sacrilegio. Duerme tranquila, hija mia, tu madre velará. Yo entraré en lucha con M. de Puysaie. Con el otro... ¡eso será terrible! No importa, seré fuerte combatiendo por tí; yo te prometo, te juro, por lo que mas amo en el mundo, por tí misma, que no te casarás con ese hombre.

Esta exaltacion se calmó y se resolvió en un torrente de lágrimas. Mi pobre madre se habia extendido en su sillón, y exhalaba sordos gemidos que parecian desgarrarle el pecho; estaba pálida como una muerta, rígida como un cadáver, tanto la lucha que acababa de sostener contra sí misma habia sido violenta. Yo me arrepentí del mal que habia hecho involuntariamente. A mí me tocaba ahora consolarla. La pedí perdon de lo que llamaba ridiculos escrúpulos de niña, le juré que mi antipatía por el baron Matifay no era tan invencible como ella lo habia creído, que ensayaria hacerme á la idea de ser una buena y honrada esposa.

Ella se sonrió con mis palabras con aire incrédulo, pero yo adiviné que le hacian bien, y que no pedia nada mejor que dejarse convencer.

¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? Hubieras obrado como yo, ¿no es verdad? Habrias prometido todo, jurado todo, para devolver un poco de tranquilidad al alma turbada de tu madre. Hay mas, hablando así, el calor de la conviccion pasaba á mí; me imaginaba que verdaderamente el sacrificio seria menos penoso que lo habia pensado al pronto. Ciertamente si M. Matifay, con el notario y los testigos, se hubiese hallado presente en aquel momento, no habria vacilado en firmar inmediatamente el contrato. Sin duda mi acento se impregnaba de esta resolucion facticia, porque poco á poco vi irse tranquilizando á mi madre, hasta ponerse casi risueña.

La conversacion terminó casi como la que habia tenido con mi padre.

— Reflexiona bien, Cipriana. Si verdaderamente eres bastante fuerte para permanecer en la resolucion en que te veo en este momento, habrás evitado á todos grandes tormentos; pero en el caso contrario, sábelo bien, yo estaré contigo, y ningun golpe se dará antes de haberme atravesado á mí misma.

Sali trastornada de esta entrevista, y para poner el colmo á mi turbacion, encontré al coronel Fritz en la antesala. Estaba contra la puerta, y retrocedó vivamente al verme; á

pesar de su sangre fria de hielo, pareció desconcertado; me saludó sin decir una palabra, y se marchó en seguida.

¿Qué hacia allí? Creo que nos espiaba. Desde hace ocho dias anda rodando por todas partes en el interior de la casa, y yo no puedo dar un paso sin encontrarlo. Él es el enemigo, estoy cierta de ello. ¿Cómo, por qué me ha venido esta conviccion? ¿qué interés tiene en proseguir mi pérdida? Lo ignoro, pero yo no podré sustraerme á esta conviccion que se impone á mi razon.

De modo que, enemigos por todas partes, defensor sólido en ninguna. Habia pensado en reclamar la proteccion de mi madre esta mañana; pero ahora no puedo hacerlo, ahora que adivino que le costaria tan caro. Su dicha y su reposo ante todo. Bien ves, querida, que solo puedo contar contigo ó con tus amigos, ó bien, como la pobre princesa encantada, con algun príncipe Radiante que viniera á sacarme de la caverna del Ogro, ó de la torre de doscientos piés de Barba-Azul.

Hermana Ana, hermana Ana, ¿no ves tú venir nada? Yo, ¡ay de mí! no veo mas que la arena de mi jardin que se pulveriza, y mis castaños que verdean. Pero no importa: esperemos: — quizás el príncipe vendrá.

En todo caso, me ha vuelto á dar noticias suyas. He encontrado una segunda carta en su lugar ordinario, esto es, en mi cofrecito de joyas. Lo que pasa en derredor de mí es tan sorprendente, que comienzo á acostumbrarme á esta fantasmagoria. Todos los príncipes de leyenda tienen una hada á su servicio, ¿no es verdad? ¿por qué el mío no tendria tambien la suya como los otros?

El billete es muy corto, pero sin embargo un poco menos vago que el primero, siempre de la misma letra, y firmado esta vez con dos iniciales.

Hé aquí lo que contiene:

«Se conocen vuestros enemigos y la naturaleza precisa del peligro que correis. Pero hay necesidad de entenderse con vos, para que no perjudiqueis los esfuerzos que se hacen en vuestro favor.

» Se estará mañana en los Campos Eliseos y se vendrá á veros: llevad una rosa blanca en la mano. Si la dejaseis caer fuera del coche, esto seria una gran dicha, pues seria la señal de que aceptais la adhesion mas pura y mas completa que un hombre pueda poner á los piés de un ángel.

» J. DE C. »

Sí, querida, hay: « un ángel », y el corazon me ha palpitado de placer al leer esta palabra. Sin embargo, no quiero, no debo consentir en lo que se me pide. — Dejar caer la rosa, seria responder no solamente á la carta, sino á la palabra « ángel », lo cual es mucho mas grave; seria crear entre nosotros una relacion mas estrecha que la de protegida á protector. Si quiere que acepte su afecto, es menester que quede algo de providencial, de desconocido, fuera de mí. Decididamente, no solamente no dejaré caer la rosa, pero no iré á los Campos Eliseos.

¡Ah! ¡Si pudiera llover mañana!